

LA FÁBRICA DE ARTES Y OFICIOS DE ORIENTE (FARO): “NAVEGANDO SOBRE LOS MARES DE LA UTOPIA”¹

Isaac García Venegas²

Para Sofía Estrada, Marcos González, Aurelio Gómez, Ángel Emiliano González, Yetlanezy Aguilar, Quetzali Mendoza, Mariana y Carlos Torres, Don Vicente y los vicentitos, todos los trabajadores de base del Faro, los que vienen y ya no están.

La desaparición de un espacio público es también, sin remedio, el comienzo o el final del desvanecimiento de la razón como instrumento común del debate de la interpretación de lo real.

Fernando Savater

“ La ciudad más grande del mundo” dice un eslogan al referirse a la ciudad de México, y ya no se sabe qué es lo que eso quiere decir. De tanto usarse a veces las palabras acaban secuestradas por la vacuidad. Así, una consigna pretende saldar, por ejemplo, la incapacidad de la mirada para abarcar las orillas urbanas; la dificultad con la que cada uno de sus habitantes tropieza al intentar concebir la dimensión de la capital del país; y la memoria del proceso que con todas sus implicaciones subyace a esa “grandeza”.

Aquel eslogan no dice mucho sobre el crecimiento vertiginoso de la población del DF, que en tan solo cuatro décadas (1950-1990) pasó de 3 millones 50 mil 142 habitantes a 8 millones 235 mil 744. ¿Qué quiere decir esa diferencia un poco mayor a los cinco millones de personas? Por un lado expresa la confianza derivada del crecimiento económico que se vivió durante “el milagro mexicano”, el aumento de la esperanza de vida y del índice de natalidad; por otro, también expresa la fuerte migración hacia la capital en un país que en diferentes escalas reproduce la dinámica de un centro privilegiado y una periferia siempre excluida –y



por eso mismo, el hacinamiento, la falta de planeación tanto en la traza urbana como en los servicios–, las oportunidades que se agotaron tan aceleradamente como el crecimiento poblacional, y la configuración de una realidad dolorosa, violenta y represiva para un amplio sector de capitalinos que lejos del milagro despertaron en la pesadilla. Subterránea realidad sobre la que se erigió la “grandeza” de una ciudad inasible.

En esta situación vivió una generación que en la década de los ochenta llegó a su adolescencia y juventud, precisamente cuando los cimientos urbanos se sacudieron trepidantemente en 1985 y, a la par de sus ruinas, quedaron al desnudo el autoritarismo, la corrupción, y la desidia con que se conducía el poder priista. A esta generación pertenece la “tripulación” que actualmente dirige de manera colectiva la Fábrica de Artes y Oficios, mejor conocido como Faro de Oriente.

Cada uno de ellos vivió la ambigüedad ciudadana a su manera. Para algunos la experiencia vital de la represión y de la falta de espacios culturales fue anterior a la consolidación de su concepción política o académica:

Por aquellos años –dice Agustín Estrada Ortiz, coordinador de servicios culturales del Faro– organizar una tocada de rock era la cárcel; ir a escuchar rock era la cárcel. Bajo esa tesitura y bajo esa ley, yo sí conocí varias veces el consejo tutelar de menores. Fueron famosos aquellos “apañones” en los que nos aventaban las “julias”, y en los que peor te iba, mucho peor cabrón sí, como yo, eras de Tacubaya, porque automáticamente eras “panchito”.

¹ La frase que aquí se utiliza de subtítulo es de Agustín Estrada Ortiz. El presente texto se construyó a partir de sendas entrevistas hechas a la tripulación del Faro los días 9 y 13 de octubre de 2003.

² Editor de *Universidad de México*



o como señala Joaquín Aguilar, responsable de la programación y producción del Faro:

Cuando yo llegué al Faro, escuchaba mucho hablar de “los ocupas”, de esta cuestión del Bauhaus, y todo este asunto, y yo reflexionaba sobre lo poco que mis compañeros sabían de “los ocupas” de esta ciudad de México; a veces no valoraban lo que hacía la gente de Neza, lo que hacíamos los chavos del centro por intervenir estaciones de camiones para realizar una tocada en la que el plato era rock, música, performance, gente pintando, y un pastel de peyote para la banda con el único fin de experimentar sensaciones. Entonces todo mundo hablaba de “los ocupas” gabachos, europeos y la chingada, pero nadie hablaba de “los ocupas” chilangos que existimos desde hace 20, 30 años.

En cambio, para otros fue una tradición de lucha política la que les hizo concientes tanto de la represión como de la falta de espacios culturales para jóvenes. Es el caso de Benjamín González Pérez y Argel Gómez Concheiro, director y coordinador de los talleres de artes y oficios del Faro respectivamente. Sus padres, líderes o activistas en 1968 y en 1971, conocieron muy

de cerca la cárcel y la persecución. Así pues, democracia política y sindical fueron ideas con las que Benjamín y Argel vivieron prácticamente desde que nacieron.

Otros más lograron afianzar sus inquietudes e ideas en las instituciones de educación pública, como Martín González (coordinador de servicios a la comunidad en talleres infantiles), Verónica Mendoza (coordinadora del área de difusión) y Nadia García Cruz (responsable de la galería y del cineclub).

Sin embargo, casi todos hallaron en la universidad pública de este país, particularmente en la UNAM, el espacio necesario para construir puentes entre experiencias vitales, formación académica y movimientos sociales y políticos. Visto a la distancia estos puentes y sus resultados pueden parecer naturales y obvios aunque en realidad no lo son.

III

Para “la tripulación” del Faro no existe nada obvio ni natural. Saben que tras estas palabras se oculta un conformismo que obnubila la conciencia, adormece la voluntad, y convoca al olvido. Quizá por ello sienten que son responsables ante generaciones presentes y futuras, pero también ante las pasadas. De hecho conciben esta última como uno de los pilares indispensables del Faro. Señala Martín:



María Guzmán, *A tiempo*, acrílico, 2003



Arturo García, *Sin título*, cartonería, 2003



Trabajo colectivo del taller de escultura en metal. Con motivo del primer aniversario del Faro

Veo como antecedentes del Faro, en lo que se refiere a los movimientos artísticos, los colectivos de los años 70 como Suma, el Tetraedro, el Taller de Arte e Ideología, el No Grupo... porque al salir a las calles, al cruzarse con la gente, al reflexionar sobre su quehacer artístico, son un referente inmediato y un ejemplo claramente efectivo que dejaron un modelo a seguir.

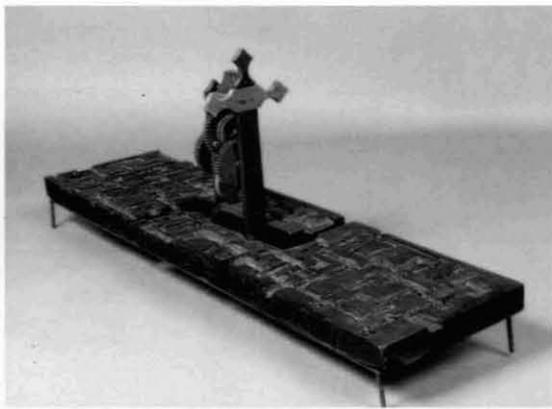
Esta mirada que apela al "largo plazo" coincide con las de Joaquín y Agustín. Pareciera que están concientes de estar cumpliendo una "cita" con el pasado que satisface los anhelos de generaciones anteriores.

Se trata —expone Agustín— de aceptar la responsabilidad histórica de haber crecido, vivido en los márgenes, en los suburbios. Aceptar la responsabilidad de ser exchavo banda, de ser camarada de barrio que por escuchar rock fue a parar en la cárcel, de ser una generación que puede ser gobierno pero que sabe que otras muchas se perdieron por siquiera haberlo imaginado.

Así mismo existen pilares de mediano plazo. Explica Benjamín:



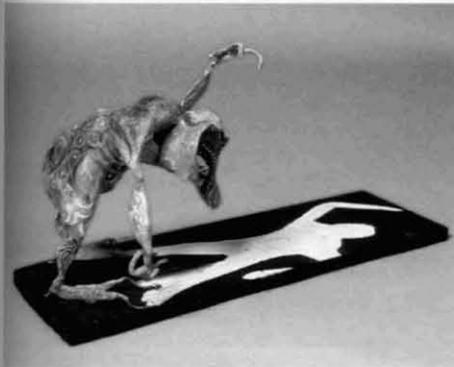
Todo el equipo del Faro estaba conformado, por un lado, por estudiantes que acababan de egresar de la universidad y que habían participado en movimientos sociales en defensa de la educación pública y gratuita, que luchaban pacíficamente por una idea de estado democrático, y por ende, contra el autoritarismo y el fraude electoral; estudiantes que habían defendido los derechos de los indígenas en las calles, que habían participado en los movimientos cívicos. Por otro lado, un sector de intelectuales y promotores culturales, con Alejandro Aura y Eduardo Vázquez Martín a la cabeza, que estaban vinculados a una comunidad siempre crítica y participativa de intelectuales, siempre procurando por una ciudad más abierta, más tolerante, mucho más incluyente, que simpatizaban con este fenómeno democratizador de esta ciudad. De tal manera que el Faro surge de estas dos vertientes: de la experiencia social y formativa que implica la universidad con la defensa de las mejores cosas que ahí suceden, y de la promoción cultural, de la idea de que la cultura es un arma poderosa para analizar la realidad y para que la convivencia sea la mejor.



Rubén García, *Tiempo perdido*, talla en madera, 2003



Jorge A. Caballero, *¿Y el amor?*, escultura en metal, 2003



Marco Galván, *La cara oculta*, cartonería, 2003

Estos pilares de mediano y largo plazo sólo pudieron consolidarse en el Faro al existir una peculiar circunstancia: un gobierno distinto al tradicional que por vía del voto en 1997 llegó a la jefatura de gobierno con gran legitimidad, convocando a amplios sectores sociales capitalinos, entre ellos a jóvenes y promotores culturales. Un gobierno que no dudó en invertir 11 millones de pesos en obra y cuatro millones en equipamiento para que el Faro se concretara. Además, apunta su director, se trataba de “un gobierno que tenía una enorme necesidad de obtener resultados rápidamente. El Faro no se construyó sobre una línea programática en la que primero se piensa, después se ejecuta y posteriormente se va ensayando, sino sobre el traslape e imbricación de estas tres líneas”.

IV

Desde que el Faro era un mero esbozo no existieron dudas sobre la zona en que debía erigirse: Iztapalapa. Para el año 2000 esa demarcación contaba con la mayor

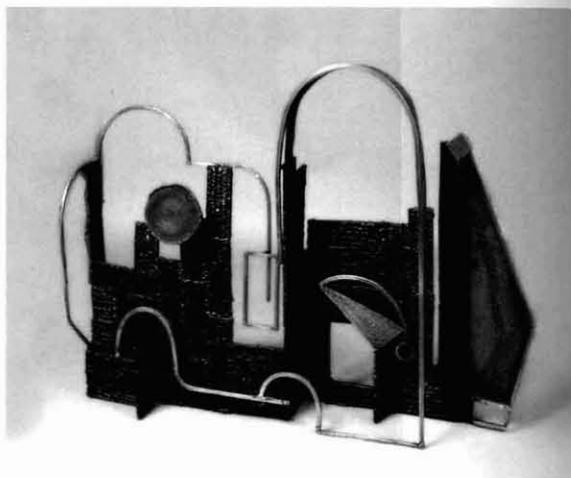
concentración poblacional de las 16 delegaciones políticas del Distrito Federal: un millón 773 mil 343 habitantes, de los que seis de cada 10 eran menores de 31 años. Numerosa población que padecía la marginalidad a la que había sido relegada por el centralismo imperante: “a Iztapalapa —apunta Agustín— se había mandado lo peor: cárceles, como Santa Marta y cárcel de mujeres, la central de abastos, los basureros”.



Lo que no estaba tan claro era el lugar concreto en que se construiría. Una condición necesaria era que fuese un edificio propiedad del gobierno capitalino. Fue el arquitecto Alberto Kalach quien después de escuchar las intenciones de los que planeaban este nuevo espacio cultural, propuso utilizar un edificio que se encontraba en obra negra y que originalmente se había pensado como sede de una subdelegación, ubicado en las inmediaciones de la colonia Fuentes de Zaragoza. Su propuesta fue aceptada y él mismo se dio a la tarea de remodelar y adecuar lo que durante casi 5 años fue un basurero, refugio de delincuentes e indigentes. Allí, sobre el símbolo mismo que antaño le otorgó el centra-



Abizail Martínez, *Incubus*, talla en madera, 2003



Jorge A. Caballero, Sin título, escultura en metal, 2003

lismo administrativo se edificó la Fábrica de Artes y Oficios, con una arquitectura “que asemeja un barco detenido en el lecho de lo que fue el lago de Texcoco”, como escribió el poeta Eduardo Vázquez Martín. Nave que zarpó, por lo menos formalmente, el 24 de junio de 2000 para navegar sobre los mares de la utopía. El pronóstico del viaje estaba lleno de buenos augurios, pues se había construido con las mejores ideas e intenciones. Sobre este particular recuerda Benjamín:

Cada viernes —y ésta era mi misión— subíamos en una camioneta a pintores, escultores, grabadores, músicos e intelectuales de todo tipo para llevarlos a lo que iba a ser el Faro, que entonces tan sólo era un edificio abandonado. Allí les decíamos que estábamos pensando en hacer una escuela con actividades, lejana del corredor cultural que iba del centro al sur de la ciudad; y ellos nos daban sus puntos de vista, muchas veces contradictorios. Recuerdo, por ejemplo, cuando Alberto Kalach puso un espejo de agua, y Gabriel



Macotela decía: “¡cómo es posible que en este claro tan bonito haya un charco, cómo es posible que ese arquitecto se le hubiera ocurrido poner un charco aquí!”. Esa diversidad de la comunidad cultural no siempre estaba de acuerdo con lo que veían, pero lo que hicimos fue rescatar los mejores comentarios de mucha gente, tomarlos, abanderarlos, construir una idea con tres ejes muy claros, y llevarlos adelante.

V

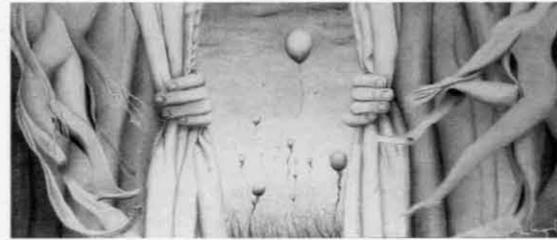
Los tres ejes muy claros que han permitido navegar exitosamente al Faro son el urbano, el pedagógico y el de servicio. Con el primero se quiere, comenta el director del Faro, “rehabilitar un lugar en desuso y con ello reconstituir una parte de la ciudad y reordenar urbanamente esa zona creando un espacio común”. Con el segundo, cuya base es el taller, se pretende —y ciertamente se logra— enriquecer a la gente en un amplio sentido, y no sólo entretenerla. “El taller es un espacio de trabajo común donde se propicia el diálogo entre un aprendiz y un maestro”, sin óbices ni cortapisas de ningún tipo. Con el



Sandra Frías, *Sopa de municiones*, mixta, 2003



Omar García, *Sin título*, talla en madera, 2003



Miguel A. Sánchez, *Transición*, filígrafo, 2003

tercero se busca ofrecer una librería, una biblioteca, una galería, un cineclub, una ludoteca y una muy buena plaza pública. En suma, comenta Benjamín, “una obra modesta pero importante”. Gracias a este eje, continúa, el Faro se ha convertido en “una terminal equipada que permite que muchos otros programas delegaciones y federales tengan un enchufe allí, se conecten y puedan impactar en esa zona”.

Estos tres ejes no han cambiado en este viaje que lleva ya tres años. Sin embargo, otras cosas sí lo han hecho. La irrupción de la comunidad en un ámbito que originalmente fue pensado *por* y *para* jóvenes necesariamente modificó las ideas iniciales. Cuenta Agustín:

El primer día que inauguramos nos tomaron el espacio los niños y las señoras. Cuando vino Manu Chao nos lo había dicho: “ustedes metan a las señoras y este proyecto estará asegurado. Si ustedes meten sólo a los jóvenes este proyecto estará perdido”. Después nos dimos cuenta por qué: porque finalmente la estructura social está basada en ellas. Ellas em-

pezaron a llegar con sus hijos, con sus hijas, y por último, se acercaron los galanes de sus hijas, es decir, los jóvenes, el sector que más desconfiaba del gobierno.

Esto le otorgó al Faro una connotación que si bien no estuvo del todo ausente en su planeación sí carecía de la dimensión que andando el tiempo llegó a adquirir. Continúa Agustín:

Ya no existen lugares de encuentro. El Faro sí es la dualidad –el centro cultural y la fábrica de artes y oficios–, pero también es un lugar de encuentro. Es un lugar donde la gente se enamora, en el que los chavos pueden estar, pueden ligar, pueden encontrarse, conocerse, y no es, por supuesto, un lugar que te implante el sistema como son los centros comerciales.



Es decir, pronto el Faro se convierte en un espacio comunitario que cotidianamente se construye *con* y *porque* existe esa comunidad. Reflexiona Nadia:

Existen espacios pero no con toda la gama de posibilidades que ofrece el Faro. El proyecto



Marco Polo Mendoza, *Inestabilidad*, escultura en metal, 2003



estuvo planeado por jóvenes de corazón, jóvenes de edad, jóvenes de trayectoria que carecieron de espacios. Ahora, sobre la marcha, el proyecto se tuvo que transformar. Ahora van familias enteras, amas de casa que desarrollan un potencial que ni ellas mismas imaginaban...

Otra transformación tiene que ver precisamente con la aparición de las mujeres en un proyecto que fue pensado por hombres, aunque su "primera capitana" haya sido Jesusa Rodríguez. Sobre este punto Verónica es muy clara:

Ese ha sido el meollo del asunto. Al originarse el Faro las visiones habían sido solamente de hombres. Al estar construido esas visiones fueron rebasadas por las amas de casa, las talleristas, las alumnas, las niñas, las jóvenes mujeres que asistieron, y las que llegaron a consolidar el Faro. No obstante, creo que la línea, la visión –y quiero pensar que es circunstan-

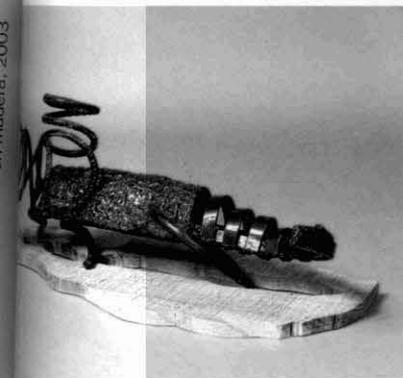


cialmente– sigue siendo de los hombres. Es necesario señalar que la perspectiva de las mujeres en el Faro es tan difícil como en la ciudad, como en el mundo. Demostramos a cada día lo que podemos hacer, y todavía tenemos mucho que decir. Pero por ahora no me imagino a una mujer dirigiendo al Faro.

VI

Reconocimiento local, nacional e internacional es lo que obtiene el Faro de Oriente. El año pasado recibió un premio internacional por parte del Comité de las Artes y Humanidades de los Estados Unidos que les fue entregado en una oficina de El Capitolio. En octubre de este año, por segunda ocasión consecutiva, recibe un premio internacional, que le significa un apoyo de 250 mil dólares. ¿Por qué todo

este reconocimiento? No se trata solamente de reconocer lo adecuado que resulta el Faro para trabajar alternativamente en zonas marginales, sino de algo más. Tal vez, y parafraseando el epígrafe utilizado, lo que hay es la conciencia de que la aparición de un espacio público como el Faro es también, sin remedio,



Luis Santos, Sin título, escultura en metal, 2003



María Guzmán, A tiempo, acrílico, 2003



Hugo Oronzor, Sin título, metal forjado, 2003

el comienzo o el final de la consolidación de la razón como instrumento común del debate de la interpretación de lo real. A esto se refiere Argel:

Yo a veces dudaba de la entrega de los jóvenes de Oriente, pero conforme fui teniendo más tiempo en el Faro, me he dado cuenta cómo en la periferia de la ciudad hay un genio dormido que hay que despertar, y que el Faro es una puerta por la que se le puede dar salida a ese genio. Son jóvenes que tienen una problemática muy fuerte pero que, además, dialogan con toda la gente que acude al Faro; eso hace que su arte tenga mucho contenido, que tengan un nivel de expresividad muy importante.

De este diálogo razonable entre experiencias, de este tender puentes o ser puerta para que aquellas expresiones marginales sean escuchadas y vistas, surge precisamente la noción que sobre lo alternativo poseen en el Faro. Cuenta Joaquín:

Por mi propia experiencia de indagar antros, piojos,

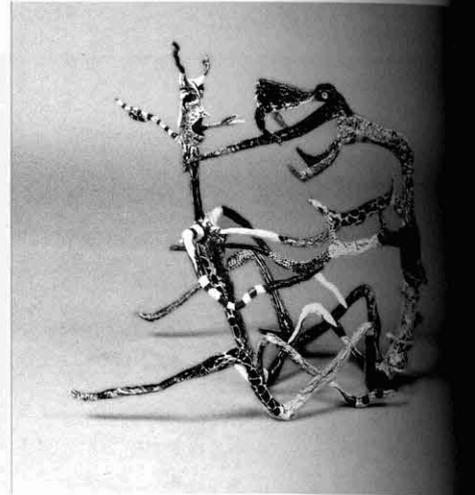


changarros, chelerías... sé que la propuesta cotidiana del arte existe ahí cabrón, no es la elite quien maneja la propuesta, la elite es una parte, pero existe otra parte. Lo subterráneo siempre ha existido. No se le promueve porque tiene muchos costos. Nosotros no perdemos nada. Mi teoría es que lo subterráneo siempre estará alimentando a la vanguardia, al *avant garde*. ¿Por qué? Porque son chavos que no pierden nada, sólo viven, sólo crean, entonces, quienes tengan la posibilidad de atenderlos, estarán manejando una propuesta alternativa; quienes estén cómodamente manejando un presupuesto o un puesto, manejarán su circunstancia de interés personal.

Esto carecería de sentido si no incluyera miradas y oídos capaces de entender los mensajes cuando las puertas se abren. Por eso mismo para la gente del Faro lo alternativo también incluye la formación de nuevos públicos. Su riqueza proviene de allí, de ofrecer mensajes a través de espectáculos, exposiciones, creación, tocadas y fiestas que no son comunes en los medios masivos de comunicación.



Hugo Oronzor, Sin título, metal forjado, 2003



Mónica Villalba, *Quiéreme*, cartonería, 2003

VII

Quien visita el Faro de Oriente, y para bien o para mal pertenece a ese corredor cultural privilegiado que va del centro de la ciudad al sur, lo que de inmediato le llama la atención es esa extraordinaria capacidad que tiene la comunidad que allí se aglutina para darse forma a sí misma. Lo alternativo es en todo caso tan sólo una parte de algo mucho más complejo e importante: la recuperación de la dimensión política. En una época en la que se pretende y se quiere alienar lo político, esta recuperación es valiosa por sí misma y parece ya, de por sí, una postura de izquierda que no se reduce a la presencia de un gobierno perredista. Una izquierda cuya conceptualización es lo de menos frente a lo que desea expresar:

Joaquín: –El ser de izquierda dentro del Faro te muestra que eres todo. Es un estado de conciencia que maneja la sensibilidad creativa no como ideología, sino como algo más humilde: como el ser humano que somos. El ser de izquierda en el Faro es que eres humano, eres todo.

Agustín: –Ser de izquierda es ser diferente. Ser de izquierda es

ser contracultural; quiero decir: estar en contra de esta cultura que nos quiere imponer el gobierno de derecha que tiene este país, sobrevivir a la censura inquisitorial que intenta seguirse...

Verónica: –Ser de izquierda es la posibilidad, en este medio, de sobrevivir o morir, así de fácil.

Martín: –Es la oportunidad de soñar el sueño de muchos, de realizar el sueño de muchos, la oportunidad de aprender de muchos. Es la posibilidad de pensarnos a cada instante para renovarnos.

Argel: –Hay que considerar a la cultura como eje vertebral de cualquier cambio. Si por el contrario simplemente se le considera como un show o como meramente secundaria a otros procesos “más importantes”, nada puede suceder. La cultura debe ser parte sustancial del proyecto transformador de la izquierda.

Benjamín: –No hay experiencia de izquierda en el mundo que no tenga una alianza estratégica con la inteligencia. Lo primero que hay que decirle a la izquierda de este país es que debe fomentar y preservar esa alianza. Ahora que la izquierda ha entrado a la toma de decisiones se ha convertido en una izquierda mucho me-





María Guzmán, Sin título, acrílico, 2003



Israel Aguilón, Sin título, escultura en metal, 2003



Bernardo Delgado, Sin título, talla en madera, 2003

nos tolerante a la crítica. Y es precisamente la inteligencia la que permite conservar los límites, limitar los excesos del poder. Hay una izquierda inculta, que le tiene miedo a la conversación porque se siente insegura frente al pensamiento y frente a la crítica, hay un temor a someter sus decisiones a la mirada de otros, y se tiende a ser autoritario. La izquierda debe de estar en un lado que fortalezca la revisión permanente del poder y de sus mecanismos para que sea más justo y equitativo, y exista igualdad de oportunidades. Es la única opción para construir ciudadanos. Eso es el Faro: allí es la comunidad la que está decidiendo, exigiendo, demandando.

VIII

A menudo uno se pregunta qué sigue para el Faro y su tripulación. La pregunta no es mera retórica ni tiene segundas intenciones. Es una pregunta ineludible cuando se constata que una misma construcción representa de manera simbólica los dos caminos posibles –por existentes– en nuestro país: el de una modernidad salvaje que deseca lagos y genera marginación, o el

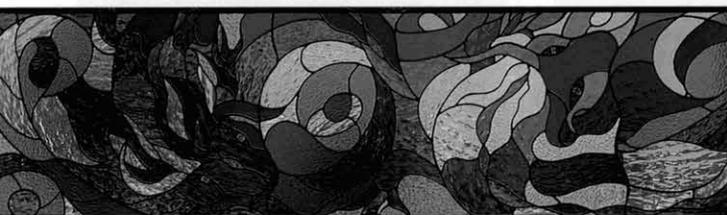
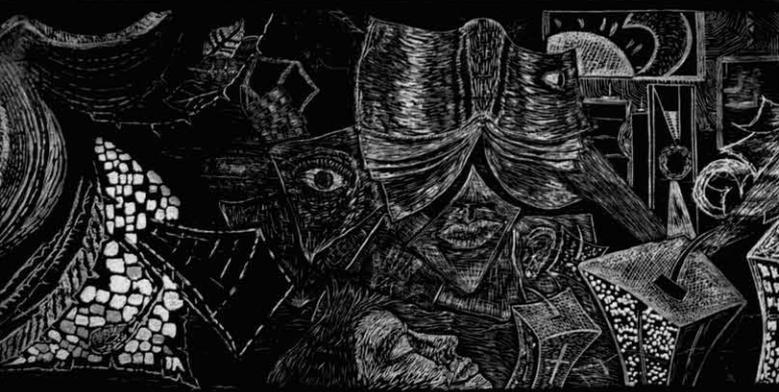


de un impulso que sin dejar de ser moderno crea una nave de locos que permite a la comunidad organizarse y decidir sobre su calidad de vida y, en esa medida, sobre su futuro; un impulso que al tender puentes elimina esa división entre centro y periferia, privilegio y marginalidad. Esta pregunta por el futuro también se la hace la tripulación en medio de semejante viaje épico.

Por un lado, parece necesario asegurar la existencia misma del Faro. Los premios internacionales, la lucha por el presupuesto, y la necesidad de establecer convenios con instituciones como la UNAM, la UAM, o Conaculta, forman parte de esta tarea fundamental. “Necesitamos –señala Benjamín– generar algún tipo de apoyo institucional por

parte de muchas dependencias, construir un consejo de amigos e intelectuales que puedan proteger la idea y mantener continuidad en futuros años”.

Por otro, también es necesario seguir convenciendo a más gente de la eficacia que representa el Faro como modelo de atención cultural. La “tripulación” está conciente que su experiencia es tan sólo una parte y que el cambio del rostro ciudadano necesita de otras cosas. Apunta el director del Faro:



Vitral del Taller de Felisa Torres



Vitromoscos del taller de vitrales

El rostro de la ciudad va a cambiar cuando una red de faros se pegue a una red de fomento a la lectura, a una red de participación ciudadana, a otra red de mejoramiento del espacio urbano, y que todas estas redes, montadas sobre un gobierno eficaz, puedan mejorar la calidad de vida de los habitantes de la ciudad. El Faro es solo una parte. El sentido es apostarle a la organización de la gente. Apostarle a la inteligencia. No se trata de imponer nada, más bien hay que apostar a la madurez de esta ciudad.

Llenar de faros la ciudad de México no parece una idea descabellada. Se discute ya la posibilidad de crear uno en la colonia Doctores y hay rumores en el barrio de Tepito sobre ello. Zonas marginales con severos problemas, entre ellos las adicciones. Pero como dice Agustín:

Es bien chingón decir "vive sin drogas", "di no a las drogas", sí también, y el otro: "come frutas y verduras"... ¡no mamen, no mamen!, ¿qué haces cuando dejas la droga? ¿qué te deja este sistema que cada día genera miles de rechazados en las escuelas, miles de desempleados en los trabajos? ¿Qué opción le estamos dejando a otros jóvenes, a otras generaciones? Hacer faros camaradas. El siguiente paso es llenar de faros esta ciudad.





Grabado mural colectivo del Taller de Angélica Carrasco



Daniel Murguía, *Macho comé*, acuarela, 2003



Elizabeth Merchant, *Los sueños perdidos de una amiga*, xilografía, 2003



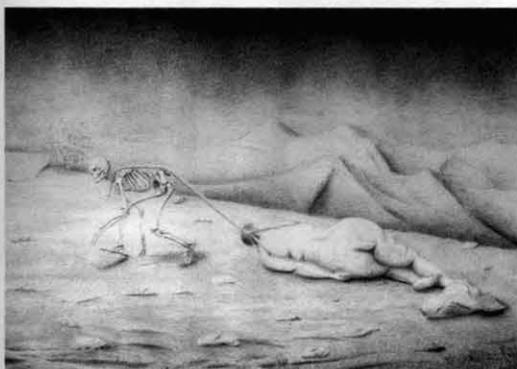
Omar García, *Sin título*, aerografía, 2003



Mauro Flores, *Eres mía*, acuarela/tinta china, 2003



Arturo Pérez, *Sin título*, plata/gelatina, 2003



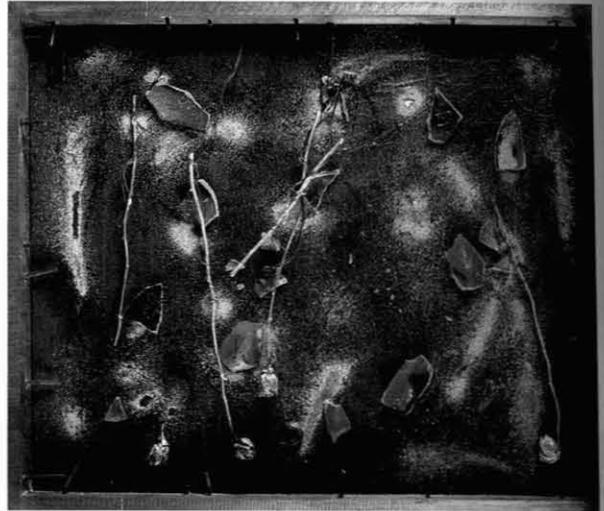
Miguel Á. Sánchez, *El otro yo*, filígrafo, 2003

Juan Carlos González Rivas, *Caracol*, metal y piedra, 2003





Omar García, Sin título, aerografía, 2003



Elizabeth Merchant, Muerte en naturaleza, collage, 2003



Omar García, Sin título, aerografía, 2003



Ana Camarillo,
Amor, vida y muerte,
talla en madera, 2003



Sergio Alonso, Al son de las syren, grabado en relieve, 2003



Estela Y. Hernández, De cabeza, mundo,
cámara estenopéica, 2003



Francisco A. Hernández, Sin Título,
cámara estenopéica, 2003

1. Ana Cecilia Colín León, 10 años
2. blanca Zarco, 7 años
3. Teresa Anarnila Manriquez G., 10 años
4. Yate Caín Jacob Santiago, 9 años
5. Alicia Zuleyma, 9 años
6. Itzel Macías, 9 años
7. Carlos A. González, 11 años
8. Itzel García, 13 años

